

Ideas sobre las imágenes y el mito.

El mundo de las imágenes es un mundo de presencias vivientes que agita un soplo desconocido y misterioso. Como las velas en el mar, vienen, van, se pierden y reaparecen para detenerse en la rada silenciosa del alma. No sabemos por qué se van ni por qué vuelven. Son gratuitas, puras y esquivas; y aunque navegamos en todas ellas siempre nos parecen lejanas y como si entre sus formas radiantes y nosotros se interpusiera, infranqueable, el abismo.

Biblioteca de Letras

Las cosas persisten, las imágenes pasan. O mejor, las cosas son núcleos sólidos que se mantienen los mismos a través de todos los cambios de coloración o de perspectiva en que nuestra mirada los contempla mientras que las imágenes se dan una vez y ya no vuelven. Los árboles, los ríos, las rocas que componen un paisaje, quedan, permanecen en la inmutable realidad de su existencia, y yo puedo dejarlos en mi infancia y volver a encontrarlos en mi vejez; pero yo no puedo resucitar en ese conjunto la misteriosa palpitación de la luz de tal crepúsculo, la seducción de un minuto de fugaz armonía, las imágenes en fin que llenaron de color y de vida el escenario de la naturaleza. Aparecieron y fugaron como las luces inciertas de la noche.

Las imágenes son así como la piel cambiante, multicolor e impalpable de las cosas.

Las cosas son, las imágenes parecen. Cuando yo me encuentro en presencia de una cosa admito que ella existe fuera de mi contemplación, que es algo sólido, aparte, en sí. Cuando yo me extasio ante una imagen, no sé si ella existe o no existe fuera de mi contemplación. Sólo sé que la veo. Que las cosas son quiere decir que yo puedo tomarlas, dejarlas o incluso destruirlas, pero siempre y de todos modos que las cosas se afirman como algo distinto de su mera aparición. Que la imagen parece significa que ella no existe sino porque es contemplada, porque hay un alma que es como el lugar metafísico de su radiante fantasmagoría.

Así se dibuja un dualismo o más exactamente una oposición entre las cosas y las imágenes, entre el mundo de la existencia en que las cosas permanecen y el mundo de la apariencia en que las imágenes fulgen, pasan y se disipan.

Pero hay más: como quiera que el mundo de las imágenes es un conjunto de visiones que cual velo de Maya encubren el mundo de las cosas, el dualismo entre cosas e imágenes se convierte en un dualismo entre lo visible y lo invisible. Y ocurre que en esa oposición mientras crece la jurisdicción de lo invisible se va apagando poco a poco hasta extinguirse la luz de las imágenes.

Para la mente primitiva hay entre lo visible y lo invisible una cierta relación de polaridad, de suerte que siendo opuestos son inseparables. Para la mente primitiva todo lo que se ve es un signo de lo que no se ve, pero que no lo encubre simplemente ni lo disimula como una máscara, sino que lo expresa y encarna, del mismo modo que el cuerpo humano es la expresión viviente, la imagen auténtica del alma. Así todo lo invisible es visible y todo lo visible está lleno de

una misteriosa palpitación, de algo oscuro, indecible, profundo, de algo en fin que a través de las varias imágenes propaga el ritmo universal de la vida.

El pensamiento abstracto, en cambio, desdeña las imágenes y en un progresivo trabajo de eliminación llega a concebir el mundo como un sistema de relaciones matemáticas, sistema que es la culminación de la vieja tendencia metafísica, que a partir de la forma pura de Aristóteles, pasando por la razón cartesiana y la sustancia de Spinoza, quisiera encerrar en una fórmula simple, pura de todo resto sensible, la realidad suprema, la última esencia de las cosas.

Mas este desinterés por la imagen como tal, es decir por la imagen como simple aparecer, como pura visión, no es exclusivo de la actividad teórica. Lo encontramos también en el dominio de la actividad práctica, es decir en el dominio de la actividad que utiliza las cosas, que se sirve de ellas para la realización de fines, puesto que servirse de una cosa es prescindir de su mera aparición para retener tan sólo su aspecto utilizable, su función; y la función es invisible ya que no se da en la imagen misma sino que se adhiere a ella por virtud de un acto intelectual del espíritu. Con lo cual las cosas pierden su coloración y su individualidad para incorporarse en los esquemas abstractos de la acción y más propia y específicamente de la técnica.

De este modo por el trabajo combinado del pensamiento abstracto y de la actividad práctica, el universo no es ya un conjunto de imágenes sino un sistema de relaciones invisibles, que la teoría concibe ora como ecuaciones, ora como fuerzas, ora como puras formas de la mente y que la actividad práctica utiliza no reteniendo de la concreta policromía de lo real sino los elementos indicativos de una función posible, de un servicio posible.

Así se apaga la luz de las imágenes y así finalmente queda abolido el sentido de la visión y, con él, un conjunto de experiencias vitales necesarias no sólo para la economía interior del alma sino también para la fecundidad y la armonía superior del espíritu.

Por todo lo cual acaso llega el tiempo de reivindicar la importancia de lo visible y de su espontáneo, gratuito florecer.

Hemos dicho que las imágenes son la piel de las cosas; sólo que a veces se desprenden y vuelan y se adhieren a otras cosas, o se fragmentan y disipan e, uniéndose a otros fragmentos errantes, componen figuras inesperadas. Hay en ciertas zonas indecisas del alma un gran aleteo de formas dispersas, y el alma misma o es quién sabe otra cosa que la ley ignorada de su composición. De esta suerte con las formas inéditas, con los fantasmas que no corresponden ya a lo antes visto surge en el alma que los crea y contempla un reino mágico de ilusión y maravilla.»

Es un reino de presencias vivientes donde todo cambia, florece y se marchita. Mundo policromo en que todo es diverso y en que todo está suspendido en el mismo soplo animador. Mundo de los sueños lo llamaríamos, no porque lo confinemos en el círculo de las visiones que pueblan la noche del hombre dormido, sino porque, contraponiéndose al pensamiento abstracto y a la acción utilitaria, se nos ofrece con toda la riqueza, la vida y esa como flotante irrealidad de los sueños.

Nuestra atención, o más exactamente, nuestro sentimiento de la realidad y de la vida oscilan entre un paisaje de

imágenes, de sueños y un mundo incoloro de abstracciones, entre un abandono a las visiones gratuitas espontáneas e inagotables de la vida y una actitud de reflexión, de crítica que sustrayéndonos a ese abandono, nos mantiene distintos, separados y firmes, en fin nos mantiene como cosas en medio a una encantada fulguración de apariencias.

Este abandono del alma a la visión, este embriagarse en el torrente sin fin de las imágenes es, tomando esta palabra en su acepción más primitiva, el éxtasis.

El éxtasis es la fascinación ante la imagen, el abandono a la visión, un como confluir de todas las corrientes de la vida en el mar infinito del alma. Las imágenes surgen a veces solitarias, a veces consteladas, a veces inmóviles, a veces cambiantes, pero siempre llenan el espacio del éxtasis de una misteriosa plenitud y dominan, incontestadas y absolutas, desde su impalpable inconsistencia o desde su estelar lejanía.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Las cosas se yuxtaponen en el espacio, se separan, se reúnen pero nunca se fusionan, ni se transforman, ni se pierden las unas en las otras. Las cosas tienen siempre su "en sí" separado, impenetrable. Las imágenes en cambio pueden fusionarse, transformarse perderse las unas en las otras, y el alma en que aparecen puede también perderse en ellas, liberarse por virtud de su fascinación del imperio geométrico y glacial de las cosas. La visión, es decir la presencia de la imagen tiene una maravillosa potencia de absorción en cuya virtud el contemplador se funde en la irradiación de la imagen como en una llama. Este fenómeno no sólo lo experimentan los místicos sino que lo describen y proclaman los artistas considerándolo como una forma sa-

grada de la vida. El éxtasis, en suma, ya sea religioso, ya sea artístico, es siempre la liberación de las cosas, la súbita proyección del alma en una como nueva dimensión de lo real.

A una nueva esfera, en que las distancias se borran, los límites se pierden y sólo quedan en el espacio nocturno del alma la imagen y su misteriosa irradiación.

Los sueños, es decir las imágenes gratuitas que pueblan el espacio nocturno, son visiones extáticas. Ellas nos sumergen en un mundo primitivo y nos devuelven a la comunión prehistórica del hombre con la realidad en cuanto a imagen.

Entre los sueños nace el mito como una fosforescente condensación de la atmósfera del alma. Y así fulge en la noche primitiva hasta que un día incoloro viene a apagar conjuntamente así las tinieblas profundas como las luces sagradas de la noche.

El sol de la mañana no sólo disipa las tinieblas, también apaga las estrellas que son las lámparas místicas del alma.

Asistir a la germinación del mito sería un admirable privilegio. Pero no es posible. Sólo podemos asistir a la revelación de la vida, pero nunca al misterio de su preparación, nunca al laboratorio de su alquimia, nunca a la zona de lo que no se ve. Y es que la vida es, en lo absoluto de su realidad, secreto. El intelecto puede conocer la estructura invisible de las cosas, el éxtasis puede ver la fulguración de

las imágenes, pero nadie puede violar el secreto de la vida. Por eso los verdaderamente fieles a la vida son los que la aceptan, la aman y la viven sin intentar explorar sus abismos.

En este sentido el mundo de las plantas es el mundo más fiel, más interior a la vida. La planta vive interiormente a la vida; no le pregunta, no le interroga, no se emancipa de ella para conocerla, ni mucho menos para utilizar en servicio de fines separados las fuerzas de la vida. Por eso la planta es auténtica. Nada es en ella construido, artificial, arbitrario y así en la planta, desde las raíces que en la sombra succionan el jugo maternal de la tierra hasta el fruto que el sol madura, todo tiene la misma frescura, y en todo pulsa la misma palpación vital.

Es lo que comprendieron profundamente los antiguos quienes hicieron de la planta el símbolo de toda vida. Los escandinavos se la representaban en la figura del árbol Igdrásil cuyas raíces se hunden en lo más profundo del reino de la muerte y cuyo ramaje cubre todo el universo, y los griegos, incluyendo en el concepto de la vegetación así la vida animal como la humana, hicieron que las mismas grandes divinidades agrarias: Demeter, Dionisios presidieran conjuntamente, con el misterio de la germinación vegetal, el de todo lo que alienta y vive.

En toda vida hay una esencia vegetal: he ahí la profunda intuición de los antiguos. Una esencia vegetal, es decir una eterna posibilidad de floración, de una constante renovación de formas, que aparecen, pasan y desaparecen impulsadas por una inspiración fundamental que al par que las multiplica, las condiciona y las limita. El hombre, como ser viviente, encierra también una esencia vegetal, y así su vida se da como un aparecer y renovarse de formas que obe-

decen a una secreta inspiración. Su cuerpo crece como un árbol y su alma no es sino la atmósfera donde nace, se multiplica y se extingue la floración de las imágenes.

El mito es una imagen que en el espacio del alma fulge desde una inalcanzable lejanía. Y esa lejanía es una cierta región del pasado, en cierto modo anterior al tiempo y donde se realiza el éxtasis primario, el contacto inicial del hombre con el mundo de la visión. Con el mito se expresa la absorción del hombre en el sueño vital del cosmos, más exactamente en el seno germinal de la naturaleza donde nace, muere y resucita la vegetación. Por eso es la manifestación visible de la esencia vegetal de la vida.

El mito es una imagen primordial y radiante. Primordial, no sólo porque inicia la historia del alma, sino porque es la imagen suprema, el paradigma visible que desde el fondo del pasado vierte su luz. Y es radiante no sólo porque es luminosa sino porque, comparable al sol que junto con su luz difunde en el espacio físico la vida, así la imagen mítica difunde a través de los espacios del tiempo que son los espacios del alma, la vida y la ilusión.

El mito no es una obra de fabricación y como tal acabado, inerte sino que es la revelación visible, espontánea, directa de la vida. Por eso vive, es decir engendra y cambia al par que se conserva y mantiene la ley fundamental de su forma. El mito tiene la fidelidad de la planta para con la actividad misteriosa que la crea. Y así su reino es el reino vegetal del espíritu.

Las imágenes del arte — especialmente las de la poesía — son como las imágenes del mito, fosforescencias que atraviesan la atmósfera del alma, y como aquellas, propagan con su luz y su magia la palpitación primordial de la vida. Si se nos permitiera esta comparación diríamos que las imágenes del arte son las chispas errátiles desprendidas de la llama central de las visiones míticas. Y agregaríamos que todas las imágenes se apagan cuando el puro conocimiento racional — aliado de la técnica — vierte desde su implacable zenit su claridad incolora. Porque el conocimiento racional es sin duda claridad, pero tan sólo claridad abstractiva, esquemática — *la paradójica claridad de lo invisible* — hostil a la visión de las presencias vivientes, de los fantasmas fúlgidos, de las sombras simbólicas que pueblan el mundo del mito, del arte, de los sueños.

Las imágenes son, aparentemente, pura superficie, mas en ellas pulsa la obscura profundidad del todo. Dispersas, fugaces, viven sin embargo en una única atmósfera vital; luminosas, brillan como estrellas en la noche; etéreas, brotan como las hojas de los árboles del seno maternal de la tierra. Por eso las visiones gratuitas, errantes, inconsistentes que el hombre de hoy desdeña — prisionero en sus esquemas abstractos, en sus ocupaciones urgentes, en esa triste vida urbana en fin que como dice Abel Bonnard “deja apenas aparecer las estaciones” — son al par que una liberación y una elevación, un llamado trascendente hacia la misteriosa y fecunda hondura de la vida, que es el alma.

MARIANO IBERICO.